

# Mordiendo el sitio dejado por su sombra

## Acercamiento a la poesía de Virgilio Piñera

EN 1969, A RAÍZ DE LA EDICIÓN DE *La vida entera*, SELECCIÓN de poemas, el autor, Virgilio Piñera, afirmó en el prólogo: «si bien no estimo que este libro sea peso muerto en mi obra de escritor, no obstante quiero dejar sentado que siempre me consideraré un poeta ocasional». Tal vez por este calificativo de «ocasional», Piñera, injustamente, ha sido considerado un poeta menor.

Si su obra teatral —*Aire frío, Electra Garrigó, Dos viejos pánicos...*— y su obra narrativa —*La carne de René, Cuentos fríos, Presiones y diamantes*, etc.— son muy conocidas y altamente valoradas, su poesía no ha sido suficientemente difundida ni apreciada en toda su dimensión; sobre todo, si se toma en cuenta que, como se ha dicho con acierto, la poesía puede llegar a ser la esencia misma de una existencia.

Y tal es el caso de Piñera: su peculiar cosmovisión está, de cuerpo entero, en su poesía. Todos los temas y tonos, todas las angustias y preocupaciones, todo el espíritu lúdico o reflexivo, que puede generar la realidad laberíntica, están reunidos en su obra poética, publicada, en lo fundamental, en *La vida entera* y, póstumamente, en *Una broma colosal*.<sup>1</sup>

Los pocos críticos y estudiosos que se han acercado a la poesía de Piñera afirman que, en una primera etapa, con el poemario *Las Furias* (1941), se aprecia cierto parentesco con la poética lezamiana, en tanto hay hermetismo y acentuada elaboración formal. Luego, en una segunda

Roberto Uría

<sup>1</sup> *La vida entera*, Contemporáneos, Ediciones Unión, La Habana, 1969; *Una broma colosal*, Ediciones Unión, La Habana, 1988.

etapa, Piñera va evolucionando hacia posturas consideradas nada esteticistas. En este sentido, con toda razón, Raúl Hernández Novás escribió: «Virgilio Piñera, el origenista antiorigenista, la oveja negra dentro del grupo, es un caso conspicuo de trayectoria cada vez más excéntrica, pues, habiendo comenzado muy cerca del estilo de Lezama, va deviniendo él mismo (antipoiético, corrosivo) y por tanto se aleja progresivamente, disparado además hacia otras zonas de creación».<sup>2</sup>

Oveja negra no sólo por razones literarias, sino, también, por su propia naturaleza humana: homosexual, iconoclasta, pobre, humorista, Piñera no es un hombre de partido ni de iglesias; es, habrá sido una isla exiliada dentro de la isla, antes y después de Castro.

La señalada cercanía de Piñera al estilo lezamiano es relativa; su hermetismo es bastante transparente; su formalismo, simple, aun cuando utiliza la métrica clásica. Estos versos podrían ejemplificar: «Solicito las Furias / que por la noche olvidan / la feroz existencia del recuerdo / y este remordimiento de morirnos / con la cuerda de mimbre del pecado». En «La Ostra», con una simplicidad admirable, ante los enigmas de la vida, se pregunta: «¿Cómo puede ser que la perla / sea la enfermedad de una tumba?» Es sintomático que Cintio Vitier, al analizar la poesía de Piñera, en *Lo cubano en la poesía*, no pudo valorar con justeza la altura de este «origenista» tan agresivamente original y desafiante, como Lezama, pero en otra dirección: la antipoesía, la desnudez de la sabiduría, que alcanzan sólo algunos elegidos.

Atención especial dentro de la obra de Piñera merece «La isla en peso» (1943), largo e intenso poema. Un estudioso de la literatura cubana tuvo la ocurrencia, en cierta ocasión, de decretar que éste es «el poema más triste de la lírica cubana de nuestro siglo». Habría que preguntarle a este «sabio» cuál es su definición de tristeza. En fin, para muchos «La isla en peso» es lo que es: poesía de tesis. Es una profunda reflexión sobre lo cubano, sobre el país y sobre sus hombres, sobre la ligereza y el absurdo, que nos define como nación, esa «bestia cruzada de cocuyos».

Para los que piensan que Piñera no padeció nunca de «inquietud social», este poema es un desafío porque condensa los vínculos, dolorosos y contradictorios, del hombre con su época y su tierra, «paridora de bufones y cotorras»: una tierra que aún no tiene rostro.

En «La isla en peso» su autor manifiesta, sólidamente, la eticidad y la búsqueda de una decencia cívica capaz de asumir, con plenitud, la identidad propia de la nación: «... no sabemos llevar la sífilis con la reposada elegancia de un cisne». En un pueblo infantil como el cubano, en el que ha existido y existe una mayoritaria y fuerte tendencia a la amoralidad —sustentada en el cho-teo, el totalitarismo, el absurdo y el desapego—, algunos creadores han tenido que asumir la misión de cuestionar las realidades históricas e *inventar* un país,

<sup>2</sup> Raúl Hernández Novás: «Re-nacimiento de un taller renacentista», *Casa de las Américas*, año XXX, N° 180, mayo-junio 1990.

que no sólo sea el real de rumba, tabaco, ron y sol. Piñera se suma, así, a la lista de figuras que han hecho un esfuerzo titánico por crear un *corpus* ético que permanezca: Félix Varela, José María Heredia, José Martí, Enrique José Varona, Jorge Mañach, Lezama, Reinaldo Arenas, cada cual a su propia manera.

Las afinidades entre la poesía de Piñera y su teatro, por una parte, y su obra narrativa, por otra, son evidentes. Muchos poemas están estructurados (por su tono, su sujeto lírico y su lenguaje) como narraciones. «Canto», «Carga», «Ah, del hotel...», «Muchas alabanzas», «Secreto del espía», todos recogidos en *La vida entera*, tienen los rasgos formales del cuento, incluyendo, por supuesto, la voluntad creativa de golpear al lector y dejarlo rumiando, largo rato, con un chispazo certero: «En este parque donde el sol forma llagas en la espalda / de los que pasean no puede llegar el Juicio Final» («Canto»). En «Muchas alabanzas», ¡de 1944!, el poeta, buscando choquear, afirma: «En el falo de un negro la Creación se muestra / y aplasta la mosca en la boca del muerto».

Otros poemas están más cercanos a la expresión dramática. Sus protagonistas, en su mayoría femeninos, manifiestan la sustancia trágica de la vida cotidiana; son heroínas y héroes que luchan y resisten «la humillación de los días».

En el muy conocido «Vida de Flora», la patética imagen, repetida hasta el delirio por la realidad concreta cubana de los últimos ocho lustros, queda como un monumento imperecedero a madres y abuelas, víctimas de las sinrazones históricas: «Flora, cuántas veces recorrías el barrio/ pidiendo un poco de aceite y el brillo de la luna te encantaba». «María Viván», «Solicitud de canonización de Rosa Cagí», «Mi hermana», «Si ya tan sólo esperamos» (dedicado a María Luisa Bautista, viuda de Lezama Lima), «Zaida» —«que perdió el don de pensar, / la maravilla de apiadarse de sí misma, / de asomarse a una ventana y decir: / Sí, soy yo, Zaida»—, «A José Jacinto Milanés», son otros buenos ejemplos.

Piñera, por su condición humana, siempre tuvo plena conciencia de su marginalidad (en el buen sentido del término) y, por esta postura, cerró filas, con firme gesto ético, con los más desposeídos y golpeados.

Tanto en *La vida entera* como en *Una broma colosal* están presentes las líneas temáticas y estilísticas preferidas por Piñera, es decir, el absurdo, el humor (negro o blanco), la angustia existencial, el espíritu lúdico, la muerte y la imposibilidad de trascendencia, que constituye una obsesión en el poeta.

Al igual que en su narrativa y en su teatro, Piñera es intensamente absurdo porque es profundamente cubano. Dijo: «Los cubanos somos existencialistas por defecto y absurdos por exceso». Y asumió y vivió esta identidad hasta sus últimas consecuencias. El absurdo y el humor, como ya señalé en otro trabajo, «son los pudorosos prismas —¿tal vez una forma de la ternura?— a través de los cuales pasa su visión agónica de la alienación y la cosificación contemporáneas y cubanas, las de antes y después del triunfo de la revolución».<sup>3</sup>

<sup>3</sup> «Un bromista colosal muere de luz y de orden», *Casa de las Américas*, año XXX, N° 180, mayo-junio 1990.

Mariano Brull, Nicolás Guillén y Guillermo Cabrera Infante, entre otros escritores cubanos, han consolidado un tremendo sentido de juego con el idioma castellano. Piñera también alcanza altos grados de libertad cuando arremete contra la rigidez de las estructuras lingüísticas y se divierte creando términos que, de paso, atacan la estupidez y lo adulterado de la realidad. En «Decoditos en el tepuen», dice: «Mester Decoditos socio sucio, / ciocio suso y subalterno, / luco sucio y cioco luso, / alterno sub en bus y vimoviento». En otro poema, cuyo título es casi imposible de escribir, Piñera torpedea la «religiosidad» ajiaquera del cubano: «En Pocito de la Evabarajera Baró / diceel padosa, el pretesen y el pornivé; / te lo dice sentadainstaladanalgadamente». Y, seriamente, juega en «Lady Dadiva», en «Unflechapasandogato...», en «Si muero en la carretera» (¡relajito con Santa Teresa!) y otros.

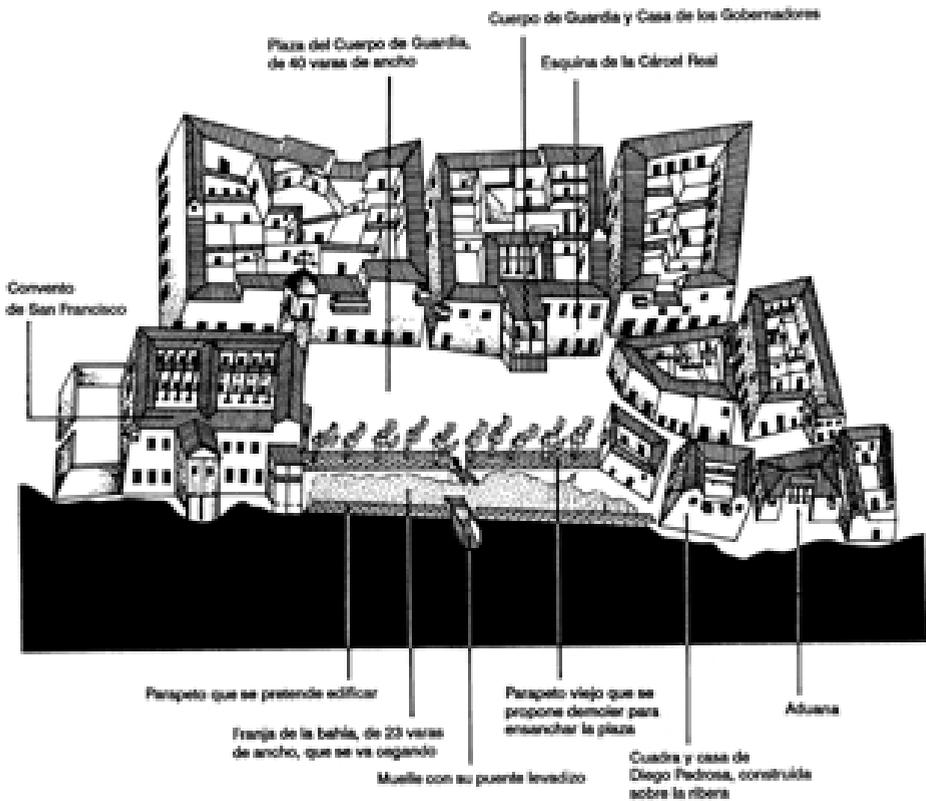
En cuanto a los temas universales y eternos de la muerte y la intrascendencia, Piñera participa de una búsqueda «sagrada» de naturalidad y profana los tonos convencionales, en cada momento: «de una vez y por todas: ¡a la mierda la muerte! / Mientras más me acerco a ella o ella a mí, / ni yo sé quién soy ni qué soy, le digo, / pero tú tampoco sabes quién ni qué eres» (estos versos pertenecen a «Alocución contra los necrófilos»).

Y si hay muerte, nada de lágrimas porque «tenemos que reservarlas / para cuando nos duelan las muelas». Y ante la pregunta, «¿nunca pensaste, Virgilio, en el poco tiempo de vida que te queda?», responde en el mismo poema («Y cuando me contó...»): «Me cagué en los pantalones, / puse un disco de alegría en conserva, / y me tomé un diasepán»: «Pasé el trance» («Testamento»). Es decir, como se puede apreciar en numerosos poemas, lo que importa es vivir, alcanzar «un instante de eternidad», mediante el conocimiento o el amor o el arte o lo que sea, y paladear lo agri dulce del tiempo que nos tocó en suerte.

*La vida entera*, que agrupa la poesía que su autor escribió entre 1941 y 1967, es un libro importante, en más de un sentido. Pero *Una broma colosal*, editado casi diez años después de la muerte de Piñera, y que recoge su poesía de 1970 a 1979, es un poemario imprescindible. Y no sólo porque es el estado final de una poética sólida, sino porque es, también, un testimonio artístico sobre el horror de una etapa —¿y cuál no ha sido horrorosa?— de la dictadura castrista. Si alguien tiene dudas sobre esta verdad, puede entonces releer todos los poemas y, en especial, los dedicados a Lezama Lima —«Bueno, digamos», el inolvidable «Un duque de Alba» y «El hechizado»— y a Antón Arrufat —«Antón en su cumpleaños» y «En la biblioteca».

Piñera, con amargura, hablando parabólicamente sobre «la edad asolada por la tecnocracia y la desconfianza», concluye: «Pero nosotros, en varias camas, / con mugres y millones de lepras, / entre planes y mutaciones, / ya no sufrimos nada. / Nos permiten tomar pastillas, / y callar» («Un duque de Alba»). También hay que decir que, ante el acoso de aquellas grisuras circunstanciales, todo el libro es expresión de una voluntad de vivir a toda máquina, desafiando lo siniestro: «Mientras viva seré inmortal. / Si toco mi corazón, / es como si lo tocara eternamente».

En 1999 el mundo entero habrá celebrado los cien años del nacimiento de Jorge Luis Borges, una de las más altas expresiones literarias de este siglo. Por otra parte, los cubanos, atomizados, pero persistentes, habremos conmemorado los veinte años de la muerte de Virgilio Piñera, uno de los más importantes y trascendentales de la literatura cubana; un creador con una enorme capacidad para hacernos reír, llorar y, sobre todo, siempre, hacernos reflexionar, como si se tratara de Charlot, de Charles Chaplin —a Piñera, tal vez, le divertiría la comparación; un hombre que, a pesar de haber sido acusado de terrorista cultural, sólo quiso luchar para ser esplendente, para darle vida a su isla, triste y a la deriva de su propio laberinto de calamidades; un bromista, que fue asesinado por la brutalidad de una utopía castrante. Sigamos, pues, acercándonos al hombre, al escritor hasta alcanzar el mismo borde del infinito.



Plaza de San Francisco en 1689.